

calle Montera hasta la red de San Luis. era casi una anciana, pero vestía con elegancia; el abrigo de astracán hizo que se fijase en ella. Mientras caminaba detrás de su presa, la fue estudiando con detenimiento; la abordaría en la puerta del metro de Gran Vía, allí le sería fácil escabullirse. Caminaba tras su víctima a una distancia prudencial; a veces, cuando ella aminoraba el paso, Tomi se detenía distraídamente a mirar un escaparate, la mujer no llegó ni a sospechar que la seguían. Al llegar a la confluencia de Gran Vía, Tomi se fue acercando a la anciana y, cuando estuvo a su altura, dio el tirón. Ella tuvo que darse cuenta de sus intenciones en el último momento, porque se aferró al bolso con una fuerza poco habitual en una señora de su edad. Toda la sangre de Tomi confluó en su cabeza; no podía perder tiempo. Volvió a tirar del bolso hasta hacer que cayera al suelo su víctima; pero ésta no lo soltaba, y se vio obligado a arrastrarla por la acera varios metros, hasta conseguir su propósito. Fue entonces cuando la anciana comenzó a gritar; algunos transeúntes volvieron la cabeza o detuvieron su paso ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!, Tomi echó a correr, sin saber si era perseguido o no; atropelló en su huida a varias personas y las hizo caer al suelo. Al fin encontró la liberación de la boca del metro; bajo de tres en tres los escalones, mientras escondía el bolso en su cazadora; se mezcló con la multitud. Al llegar al andén observó que el convoy se disponía a partir, mas tuvo tiempo para alcanzar el vagón antes que se cerraran las puertas automáticamente. El golpe había resultado perfecto; ya sólo era necesario tranquilizarse, y mirar a los demás viajeros con naturalidad. Se apeó en la estación de Chueca y lo primero que hizo fue sentarse en un banco de la pequeña plaza y, con cautela, examinar el bolso. Había habido suerte: en la cartera monedero, entre fotos y documentos, encontró tres billetes de diez mil pesetas cada uno. Se los guardó y arrojó el bolso y la cartera monedero debajo

de un coche estacionado cerca de donde él había estado sentado. Ya sólo faltaba dirigirse al bar Ecuador y que Arturo le proporcionara lo que iba buscando.

Al salir de Ecuador se sentía feliz, no sólo había conseguido dos dosis del mejor <<caballo>>, sino que disponía de varios miles de pesetas. "Pasaré una Nochebuena cojonuda", se prometió a sí mismo. Iría a buscar a Charo a la guisquería Venus, cenarían los años como reyes y pasarían una noche extraordinaria. Pero antes tenía que meterse un pico donde fuera, lo necesitaba para poder seguir andando, para poder seguir respirando, para poder seguir vi-

viendo.

Grabiel los reunió a todos ante el establo de Belén.

-Este es el mensaje que debéis de transmitir: Gloria a Dios en el Cielo y paz a los hombres.

Unos se encargarían de avisar a los pastores de las cercanías; otros irían hasta lugares más lejanos; por el tiempo y por el espacio, por la tierra y por todos los siglos, con el fin de congregarse a los hombres en la paz, en la estrella y en el establo. Ya él, se le encargó aquella misión, en aquella época y en esa ciudad.

Había un gran bullicio por las calles, grupos con euforia alcohólica que hacían sonar panderos y zambombas y que cantaban desafinadamente viejos y sabidos villancicos. Tomi se dio cuenta que se encontraba solo; pero, al mismo tiempo cayó en la cuenta que toda esa alegría de los demás era circunstancial y un tanto fingida. En Navidad había que estar alegres y en Semana Santa tristes; todo eran convencionalismos sociales, cuando no montajes comerciales. Pasó a una cafetería que encontró a su paso y, tras pedir en la barra que le sirviesen un café, se dirigió a los lavabos. Estaban en los sótanos. El servicio de caballeros era amplio, limpio y estaba perfumado con olor a violetas. Los espejos sólo repetían su imagen. estaba sólo, sin embargo, prefirió encerrarse en una de las cabinas. hasta allí llegaba una alegre melodía navideña transmitida a través del hilo musical. Se sentó en

la taza del water y desprendiéndose de la cazadora, procedió a arremangarse el brazo izquierdo, sacó la jeringuilla y, ritualmente, aunque con nerviosismo como siempre, procedió a preparar el <<pico>>. El color blanco del <<caballo>> deslumbraba; observó aquel polvo con ansiedad y con deseo; mientras pensaba que ése debería ser el color del paraíso. Extendió el brazo, bajo la piel encallecida, apreció la hidrografía azul de las venas; hundió allí la aguja con deleitación, mientras cerraba los ojos; un pinchazo doloroso y placentero conmovió todo su ser e hizo temblar las aletas de su nariz.

Si había cerrado el cerrojo de la puerta del retrete, ¿cómo es que ahora estaba abierta?

El estaba allí frente a él, y el muchacho rubio se fue acercando. Lo reconoció enseguida. Luego sintió su rostro y sus cabellos acariciados por una ternura nunca vivida anteriormente, ni siquiera intuida. Se enfrentó con aquellos ojos diferentes que despedían luz y cuyo color era como el verde oleaje de los trigales sin estío.

-¿Qué es lo que quieres de mí, coño? ¿Por qué me persigues?

- Quiero llevarte a la paz, a la estrella y al establo. Esa es mi misión, mi misión de esta noche.

El señor del abrigo gris, al contemplar aquel aterrador espectáculo, no supo reaccionar de momento, luego lanzó un aullido. no tardaron en acudir camareros y algunos parroquianos. El joven estaba sentado en la taza del water, aunque tenía puestos los pantalones. Tenía el brazo izquierdo, descubierto y una jeringuilla colgando en la vena; todavía no había tomado el cuerpo la rigidez cadavérica, pero la cara estaba totalmente lívida y los ojos parecían querer salir de sus órbitas. En un rincón yacía una vieja cazadora de cuero y una papelina vacía y desdoblada.

-Es el tercero que aparece así en estos servicios en menos de un año, muertos a causas de una sobredosis, ¡Yo no sé adónde vamos a llegar!